

## LOS CONOCIMIENTOS GEOGRÁFICOS DE LOS AUTORES ÁRABES

CON RELACIÓN AL DESCUBRIMIENTO DEL NUEVO MUNDO



### II

s para nosotros indudable que los conocimientos geográficos de la escuela arábica, tan imperfectos y escasos, no merecen ser citados entre los precedentes científicos del descubrimiento providencial logrado por Cristóbal Colón. Mas para demostrar este aserto, que algunos hallarán aventurado, conviene exponer dichos conocimientos en cuanto tienen relación con el descubrimiento de que se trata. Es cierto que los geógrafos árabes reconocieron la forma esférica de la tierra. Entre otros, Ibn Rósteh, que, sin ser

árabe genuino, sino persa de Ispahan, escribía en árabe y profesaba el islamismo, en su compendio de Geografía titulado *El libro de las perlas preciosas*, escrito en el siglo IX de nuestra era, tiene un capítulo titulado: *Que la tierra, en el conjunto de sus partes de tierra y de mar, tiene la figura de un globo* <sup>1</sup>.

«En general, los geógrafos arábigos, escribe Mr. Reinaud <sup>2</sup>, se representan á la tierra como redonda y le dan el nombre de bola (*cora*), y Abulfedá, para probar su esfericidad, se vale de los mismos argumentos que nosotros.»

Mas ni esta opinión es original de los árabes, ni admitida por todos sus autores. Al atribuirle á la tierra forma esférica, siguieron la opinión de Aristóteles <sup>3</sup>, y, principalmente, la de Ptolemeo, cuyo sistema geográfico fué el aceptado por la mayor parte de los escritores que, bajo el califato de Almamun, iniciaron á los árabes en las ciencias positivas <sup>4</sup>. Empero esta opinión, aunque profesada por muchos sabios que

<sup>1</sup> Páginas 12 y 13 de su texto arábigo, publicado en Leiden, año 1890, por Mr. de Goeje.

<sup>2</sup> Página CLXXX de la introducción y pág. 3 de la versión de Abulfedá.

<sup>3</sup> «Aristóteles, escribe Malte-Brun, reconoció la forma esférica de la tierra, que Eudoxo de Cnido, amigo y contemporáneo de Platón, había anunciado el primero según parece, y, anticipándose en diez y seis siglos á Colón, supuso la posibilidad de arribar á las Indias partiendo del Occidente.»

<sup>4</sup> Reinaud, pág. CLXXX.

han escrito en lengua arábigo, no ha llegado á ser vulgar y corriente entre los árabes, y, sobre todo, entre los musulmanes.—«Mahoma, escribe el mismo Mr. Reinaud <sup>1</sup>, parece haber creído, con la mayor parte de los pueblos antiguos, que la tierra presenta la forma de un disco, y no tiene nada de esférico; en varios pasajes del »Corán <sup>2</sup>, la tierra se representa como una alfombra ó lecho. El pueblo musulmán »sigue aún en la persuasión de que la tierra y las aguas que la rodean están circuí- »das por una montaña inaccesible llamada *Caf*.» En cierto pasaje de un autor árabe citado por Abulfedá <sup>3</sup>, se lee: «Según algunos, la tierra presenta la figura de una »bola; según otros, ofrece una forma plana. La opinión más probable es que la tierra es convexa. Se extiende sobre un espacio de quinientos años de camino bajo la »forma de media esfera, por lo cual el punto medial está más elevado que todo el »resto. Esta es la razón por que la isla que se halla en el centro del mundo lleva el »nombre de cúpula de la tierra.» Á esto añade que la tierra está rodeada por el gran mar llamado Océano, cuyas aguas son espesas y fétidas, por lo cual no es navegable; cuyo mar está cercado á su vez por el monte Caf, que consiste en una gran roca de esmeralda verde, y el cielo lo cubre todo en forma de bóveda.

En efecto; esta es la figura que ofrece la tierra en las cartas geográficas de los árabes, los cuales jamás llegaron á representarla en forma esférica, como algunos han supuesto, sino en la de un simple planisferio, que llamaron *dáira* دائرة; es decir, círculo ó tabla redonda. Tal fué el gran disco de plata que, bajo la dirección del célebre Idrisí, y á costa de su generoso protector el rey Roger, se fabricó á mitad del siglo x, representando la tierra conocida en su tiempo. Así consta por un pasaje de dicho geógrafo, que en el prólogo de su Cosmografía <sup>4</sup> se expresa del modo siguiente: «En »fin (el rey Roger), ordenó que se fundiese en plata pura y sin liga un planisferio »(*dáira*) de enorme magnitud, y del peso de 450 libras romanas, donde por hábiles »artífices hizo grabar la configuración de los siete climas <sup>5</sup>, con las regiones, países, »costas y riberas vecinas ó lejanas del mar, los brazos de mar, los mares y demás »corrientes de agua, la indicación de los países desiertos y de los cultivados, sus dis- »tancias respectivas por los caminos frecuentados, ya en millas determinadas, ya en »otras medidas, y la designación de los puertos. . . . .

»Para la inteligencia de este planisferio hizo componer un libro, que contiene la »descripción completa de las ciudades y de los territorios, de la naturaleza de los cul- »tivos y de las habitaciones, de la extensión de los mares, de las montañas, de los »ríos, de las llanuras y de los bajíos», etc.

«De este pasaje resulta, según observa Mr. Reinaud <sup>6</sup>, que la representación del

<sup>1</sup> Páginas CLXXXI y CLXXXII.

<sup>2</sup> Sura LXXI, v. 18, II, v. 20 y LXXVIII, v. 6.

<sup>3</sup> Página 376 del texto arábigo; v. Reinaud, pág. CLXXXII.

<sup>4</sup> Citado por Reinaud, pág. CXVIII.

<sup>5</sup> Es decir, las diversas zonas de la tierra.

<sup>6</sup> Loc. cit.

»mundo conocido en tiempo del Idrisi no estaba, como se ha creído, en forma de globo, sino sobre una superficie plana. Mr. Jaubert <sup>1</sup> ha observado, con razón, que la palabra usada en el texto (*dáira*) significa círculo ó tabla redonda, y no globo. En efecto; este es el término que en los tratados geográficos de los árabes, que van acompañados de planisferios, por ejemplo, el (conocido) libro de Ibn Alwardí, sirve para designar el mismo planisferio <sup>2</sup>. No es decir que los árabes no conocieran de largo tiempo antes la trigonometría esférica inventada por Hiparco, y que desde este gran geómetra jamás cesó de usarse. La prueba de ello está en la existencia de los globos celestes que hemos recibido de los árabes; mas no se conocían los globos terrestres. Ningún geógrafo había tenido una idea bastante propia sobre el conjunto de nuestro globo para atreverse á intentar su representación completa.»— Por lo demás, sabido es que la forma de la tierra no quedó establecida ni admitida sin discusión hasta que Colón y Gama llevaron á cabo sus grandes descubrimientos, y Magallanes y Elcano dieron la vuelta al mundo.

En cuanto á la magnitud de la tierra, los geógrafos árabes, aunque disminuyeron considerablemente las exageradas dimensiones que le habían señalado los antiguos <sup>3</sup>, todavía concedieron al globo terrestre bastante capacidad y holgura para contener las ignotas regiones del Nuevo Mundo <sup>4</sup>. Y, sin embargo, exagerando con los antiguos geógrafos las distancias ó dimensiones de las regiones á la sazón conocidas, y sobre todo del Asia, y tomando el Océano como confín del mundo habitable, no creyeron que más allá hubiese grandes regiones pobladas, ó, si lo sospecharon, no hicieron grandes esfuerzos por explorarlas y descubrirlas. En vano algunos aventureros se atrevieron á penetrar más ó menos por las soñadas tinieblas del Océano occidental, porque los geógrafos árabes, no atreviéndose á salir del límite señalado por los autores griegos, no sacaron partido alguno de aquellas investigaciones, y apenas les consagraron un leve y confuso recuerdo. Á este propósito, el doctísimo Reinaud escribe lo siguiente <sup>5</sup>:

«Según los geógrafos árabes, que en esto han seguido también á los griegos, solamente está habitada la cuarta parte del mundo. El resto está cubierto por las aguas ó inhabitable por el exceso del calor ó del frío. La parte habitada del mundo está situada en el hemisferio septentrional: la nombran el cuarto habitado del mundo, y de aquí han tomado su título algunos tratados de Geografía árabe <sup>6</sup>.»—«Los árabes (añade) tenían una idea bastante exacta del mar Mediterráneo, del Rojo y de

<sup>1</sup> En su versión francesa del Idrisi.

<sup>2</sup> Y no un globo, como creyó erróneamente Mr. Tornberg.

<sup>3</sup> Sobre este punto véase á Mr. Reinaud, pág. CCLXVIII.

<sup>4</sup> Dichos geógrafos no convienen en las dimensiones de nuestro globo, pues según alguno de ellos, la circunferencia terrestre mide hasta 36.000 millas; según otros (Alidrisi, Albathani y Almasodi), 27.000; según otros, 20.400, y según otros, sólo 20.160; mas aun esta mínima cantidad no se aparta demasiado de su verdadera dimensión, que asciende á 21.600 millas geográficas, ó sean 7.200 leguas legales, á razón de 60 de las primeras y 20 de las segundas por cada grado. Quien desee más pormenores sobre este punto los hallará en la mencionada Introducción de Mr. Reinaud, págs. CCLXVIII y siguientes, CCLXX y siguientes, CCLXXXIII y CCLXXXIV (nota 1.<sup>a</sup>) y CCXCI á CCXCII.

<sup>5</sup> Páginas CCXII y CCXIII.

<sup>6</sup> Véase al mismo autor, pág. XLIII.

»los demás por donde navegaban. Pero el vasto mar que rodea el mundo conocido  
 »en la antigüedad, y al cual llamaban el *Mar circundante* (*Albahr-almohith* <sup>1</sup>), se  
 »lo representaban cubierto de tinieblas á una latitud un poco elevada al Norte del  
 »Ecuador; y en cuanto á su parte, situada bajo la línea equinoccial, lo creían gene-  
 »ralmente, á pesar del testimonio de algunos viajeros que se habían adelantado ha-  
 »cia el Mediodía, como lleno de un agua espesa y cenagosa, por donde era imposi-  
 »ble navegar.»

Pero á mayor abundamiento, oigamos los relatos de los mismos geógrafos árabes. El célebre matemático y geógrafo Albathaní, conocido vulgarmente por Albategni, que floreció en la segunda mitad del siglo IX y principios del X, se expresa así <sup>2</sup>:

«En cuanto al Océano Occidental, llamado también el Mar circundante, no se co-  
 »nocen más que sus costas de Occidente y de Norte desde la extremidad de la Habi-  
 »sinia hasta la Bretaña. Este es un mar en que no pueden navegar las embarcacio-  
 »nes. Las seis islas que se hallan en el Océano Occidental están enfrente de la Ha-  
 »bisinia <sup>3</sup>; se encuentran habitadas, y se llaman las islas de los Bienaventurados <sup>4</sup>.  
 »Además, dicho Océano contiene, por la parte del Norte, las islas de Britania, en  
 »número de doce. Luego se aleja de los países habitados, y nadie conoce lo que es  
 »de él, ni lo que encierra.»

Por su parte, Almasodí, diligente viajero y geógrafo del siglo X, escribe lo siguiente <sup>5</sup>:

«En el punto en que se juntan el Mar de los romanos <sup>6</sup> y el Océano, se hallan los  
 »faros de cobre y piedra contruídos por el poderoso monarca Hércules, los cuales  
 »tienen letreros y estatuas que indican con sus manos: No hay camino ni paso de-  
 »trás de nosotros para los que quieran entrar en este mar desde el Mediterráneo.  
 »Porque este mar no lo surca barco alguno, ni hay en él tierra poblada, ni lo habitan  
 »seres dotados de palabra, ni es posible conocer su extensión ni saber su término...  
 »Es opinión general y corriente que este mar es la fuente y origen de todos los de-  
 »más. Cuéntanse de él cosas admirables, que hemos referido en nuestra obra titulada  
 »*Los anales históricos* <sup>7</sup>, al narrar los sucesos de hombres que se han aventurado por  
 »aquel mar, con riesgo de sus vidas, pereciendo unos y salvándose otros, que han  
 »contado lo que allí presenciaron y vieron.» Luego refiere compendiosamente la ex-

<sup>1</sup> Llamáronlo así por rodear todo el mundo habitado. Véanse los planisferios de Almasodí, Alidrisí y otros geógrafos árabes. Sabido es que en este punto, como en otros muchos, los árabes siguieron á los griegos; véase á D. J. Antonio Conde en las notas á su edición de la parte española de Xerif Alidrisí, pág. 136.

<sup>2</sup> Citado por Mr. Reinaud, pág. CCLXXXVI.

<sup>3</sup> Aunque los árabes conocieron de un modo sumamente imperfecto el ámbito y configuración del África, todavía creemos que en este lugar Albathaní entendió por *Habisinia*, no la actual Abisinia y antigua Etiopía Oriental, sino la Nigrícia ó Etiopía Occidental. Sabido es que los antiguos geógrafos cuentan dos Etiopías: *Dua autem sunt Aethiopia: una circa solis ortum; altera circa occasum in Mauritania*. San Isidoro, lib. XIV, cap. V. Sin embargo, véase á Mr. Reinaud, pág. CCXXXVI, nota 2.<sup>a</sup>

<sup>4</sup> Este nombre corresponde al griego *Nῆσοι τῶν μακάρων*, según observa Mr. Reinaud, loc. cit.

<sup>5</sup> En el tomo I, págs. 257-259 del texto árabe y versión francesa publicada en 1861 por C. Barbier de Meynard y Pavet de Courteille.

<sup>6</sup> Es decir, el Mediterráneo.

<sup>7</sup> Esta obra, la más extensa y considerable de todas las suyas, no ha llegado hasta nosotros.

pedición de unos aventureros cordobeses, que más oportunamente aduciremos después.

El mismo Almasodí en otra obra <sup>1</sup> se expresa así: «Según la mayor parte de los autores, el Mar circundante es el principal de los mares, y los demás se derivan de él. Muchos lo confunden con el Mar verde, que es el llamado por los griegos Océano. Ni Ptolomeo ni los demás geógrafos han podido determinar la mayor parte de sus límites. Se sabe, que este mar empieza á la extremidad de los países habitados por el lado del Mediodía; mas se ignoran sus límites al Occidente y al Norte.»

Ni adelantó más en este punto la geografía árabe durante los siglos siguientes. El famoso Alidrisí ó el Idrisí, que terminó su celebrada cosmografía en Enero del año 1154 de nuestra era y que disfrutó notables medios y ventajas sobre sus antecesores, al tratar del primer clima, escribe lo siguiente <sup>2</sup>:

«Este primer clima empieza á la parte del Oeste en el mar occidental, llamado también el *Mar de las tinieblas*, allende el cual no se sabe lo que hay. En este mar hay dos islas, llamadas *Aljalidát* <sup>3</sup>, por donde Ptolomeo empieza á contar las longitudes y latitudes. Se dice que en cada una de estas islas hay una columna de piedra de cien codos de altura, y sobre cada columna una estatua de cobre, que indica con la mano el espacio que se extiende en pos de ella. Según se cuenta, hay hasta seis columnas de esta especie: una de ellas es la de Cádiz al occidente de España, y nadie sabe que más allá exista tierra habitada.»

Según el mismo Idrisí en un pasaje citado por Abulfedá <sup>4</sup>, el agua del Mar circundante es turbia y espesa por la parte del Mediodía, á causa de que el sol, dejando caer directamente sus rayos sobre esta parte del mundo, evapora los átomos que hay en el agua y la hace juntamente muy espesa, muy salada y muy cálida; por lo cual, ni animal ninguno puede vivir en ella, ni navegar por ella los navíos. En otro pasaje citado también por Abulfedá <sup>5</sup>, el Idrisí, añade que el Mar circundante en su parte oriental es llamado el *Mar de la pez*. Finalmente, el geógrafo de Ceuta habla largamente de unos aventureros que partieron de Lisboa para explorar el mar Océano; mas de esta exploración que resultó inútil para la ciencia, trataremos después con mayor oportunidad.

Por último, el insigne historiador y literato Ibn Jaldón, natural de Túnez y oriundo de España, que floreció del siglo XIII al XIV de nuestra era <sup>6</sup>, advierte, que los navíos no se atrevían á aventurarse por el Mar circundante por temor, de que perdiendo de vista las costas, les fuera difícil volver á encontrar su ruta. «Agréguese á esto» (añade), los peligros que ofrece este mar y los vapores que con harta frecuencia se elevan sobre la superficie del agua, haciendo imposible la navegación. En efecto,

<sup>1</sup> En el *Kitáb Attambih*, citado por Reinaud, pág. CCLXXX, nota.

<sup>2</sup> Página 2.<sup>a</sup> del texto árabe, y 1.<sup>a</sup> de la versión francesa, publicados por MM. Dosy y de Goeje.

<sup>3</sup> El Idrisí designa con este nombre las Canarias; véanse su texto y versión, págs. 28 y 33 respectivamente; mas en otros autores, el nombre de *Aljalidát*, parece aplicado á las de Cabo Verde; véase á Mr. Reinaud, págs. CCXXXIV y siguiente.

<sup>4</sup> Tomo I, pág. 24 de la versión de Reinaud.

<sup>5</sup> Ib. págs. 24 y 25.

<sup>6</sup> Citado por Reinaud en su traducción de Abulfedá, I, 265, nota.

»los rayos del sol reflejados por la superficie de la tierra no alcanzan á estas remotas  
»regiones, y por consiguiente no pueden resolver los vapores. He aquí por qué se ha  
»perdido la traza del camino que conduce á aquellas partes, y he aquí por qué es di-  
»fícil tener de ellas nociones precisas.»

Acerca de las regiones situadas allende el Atlántico, pudieron darnos más luz los geógrafos árabe-españoles, entre los cuales se citan algunos nombres más ó menos dignos de celebridad, como el Razí (el moro Rasís), que floreció en el siglo X<sup>1</sup>, el Becrí, ya celebrado, que murió en 1094; Abú Hámid Algarnathí (ó el granadino), el cual viajó largamente por los países orientales, y murió en Damasco, año 1170; Ibn Chobáir, de Valencia, que recorrió también una parte considerable del Oriente, y regresó á España, visitando á Granada en 1185; el Abdarí, también valenciano, que en 1289 recorrió todo el África septentrional, desde el Atlántico hasta Alejandría de Egipto y la Meca, é Ibn Saíd que nació en Granada en 1214 y murió en Túnez en 1274<sup>2</sup>, después de largos viajes por la Siria, la Caldea y la Arabia, mereciendo ser citado repetidas veces por el famoso Abulfedá<sup>3</sup>. Ya hemos visto que Abú Obaíd Albecrí se aprovechó de los conocimientos geográficos de la cristiandad española, y á ellos debió probablemente la superioridad que se le reconoce entre los geógrafos árabe-andaluces. Abulhasán Ibn Saíd, conoció mejor que los demás autores árabes las costas occidentales del África<sup>4</sup>, y se expresó con alguna menos oscuridad en cuanto á las islas del Océano Atlántico<sup>5</sup>, tan confusa y fantásticamente mencionadas por los geógrafos de aquella nación<sup>6</sup>. Pero en las obras de autores árabe-hispanos que han llegado á nuestra noticia, pues no pocas se han perdido, nada se encuentra que pueda ilustrar el punto especial que discutimos. Además, si ellos hubiesen hecho ó averiguado algunos descubrimientos importantes, no dejarían de encontrarse en los escritores árabes que conocemos de los tiempos siguientes. Por lo demás, el silencio de aquellos autores no debe causarnos extrañeza, porque impulsados de las creencias que profesaban, sus viajes y exploraciones tuvieron por principal objeto el África septentrional<sup>7</sup> y las regiones orientales.

Para encontrar algo, aunque poco, sobre la materia de que tratamos, es menester recurrir á geógrafos árabes nacidos fuera de nuestra península, y por lo mismo menos competentes. Según ellos, no faltaron entre los moros españoles algunos aventu-

<sup>1</sup> Autor de una descripción de la España árabe, que sólo conocemos por una versión castellana muy defectuosa.

<sup>2</sup> Según otros, nació en 1218 y murió en 1286.

<sup>3</sup> Acerca de estos geógrafos, véase á Mr. Reinaud en su citada Introducción, párrafo 2.º

<sup>4</sup> Gracias á los viajes de cierto Ibn Fáthima, probablemente occidental y andaluz, que había navegado sobre las costas occidentales de Africa hasta el Cabo Blanco, y sobre las orientales hasta el país de Sofala. Véase á Mr. Reinaud, páginas CXLII, CCLXXVII y CCCXVI de la Introducción, y págs. 208, 212 y 215 de la versión de Abulfedá.

<sup>5</sup> Como advierte Mr. Reinaud, Ibn Saíd distinguió á las islas llamadas *Aljalidát* ó Eternas, de las llamadas *Assada* ó de la Felicidad, confundidas por otros geógrafos árabes, colocando á estas últimas entre las Eternas y la costa africana, y dando á entender, que en su opinión, las Eternas corresponden á las de Cabo Verde y las de la Felicidad á las Canarias. Véase á dicho autor en su citada Introducción, págs. CCXXXIV á CCXXXV, y en la versión de Abulfedá, páginas 263 y 264, con las notas correspondientes. Pero á nuestro entender, del texto de Ibn Saíd, copiado por Abulfedá (pág. 263), se colige claramente, que aquel autor no acertó á determinar la posición respectiva de las islas de que tratamos.

<sup>6</sup> Como puede verse en el Idrisi, págs. 60 y siguientes de la versión mencionada y en Abulfedá, tomo I, págs. 263 y siguientes.

<sup>7</sup> También penetraron por parte de la Central, llegando hasta Tumbuctú y las orillas del Niger.

beros y navegantes atrevidos que, movidos por el amor de la ciencia ó de la riqueza (doble codicia que según cierto proverbio árabe, nunca deja hartos á los hombres), se lanzaron atrevidamente al temido Mar de las tinieblas.

En los *Prados de oro* del celebrado Almasodí, geógrafo oriental que, como queda dicho, escribió en el siglo x, al tratar del Océano llamado circundante, se lee á nuestro propósito un pasaje, del que ya copiamos una parte, pero que ahora conviene insertar íntegro. Dice así: «Cuéntanse de él cosas admirables que hemos referido en »nuestra obra titulada *Los anales históricos*, al narrar los sucesos de hombres que se »han aventurado por aquel mar con riesgo de sus vidas, pereciendo unos y salvándose otros, que han contado lo que allí presenciaron y vieron. Entre éstos se cuenta »un varón andaluz llamado Jaxjax, natural de Córdoba, que reuniendo una caterva »de compatriotas suyos jóvenes como él, navegó con ellos por este Mar circundante »en barcos que había aparejado al efecto; y después de larga ausencia, regresaron »con abundante presa: empero su historia es harto conocida entre los habitantes de »España.»

Distinto de este suceso, á juzgar por varias circunstancias, es el que á mitad del siglo siguiente refiere con prolijidad el Idrisí <sup>1</sup>, aunque sin citar nombres propios ni fechas <sup>2</sup>, de unos aventureros que partieron de Lisboa con el propósito de averiguar lo que encierra el Océano y cuáles son sus límites: suceso que llamó mucho la atención pública, y á que debió una calle de aquella ciudad el nombre de *Darb-Almogarririn*, ó vía de los Aventureros <sup>3</sup>.

Cuenta, pues, dicho autor, que reuniéndose ocho varones, todos primos hermanos <sup>4</sup>, construyeron un navío mercante, y metiendo en él agua y víveres para muchos meses, se embarcaron al primer soplo del viento oriental. Pues como hubiesen navegado unos once días, llegaron á cierto paraje de mar donde las olas espesas y turbias exhalaban mal olor, abundaban los escollos y escaseaba la luz. Por lo cual, temiendo perecer, cambiaron las velas en dirección contraria; y navegando hacia la banda meridional por espacio de once días, dieron vista á la isla de los Carneros (*Gezirat-al-Ganam*), donde rebaños sin cuento vagaban sin cuidado de pastor ni guarda.

Desembarcando en aquella isla, encontraron una fuente de agua que brotaba al pie de una higuera silvestre, y mataron algunos carneros, pero ninguno pudo comerlos por la extremada amargura de sus carnes. Guardaron algunas de sus pieles, y prosiguiendo su navegación, siempre en dirección del Mediodía, al cabo de doce días descubrieron una isla <sup>5</sup> que les pareció poblada y cultivada; pero como intentasen des-

<sup>1</sup> Páginas 35, 184 y 185, y 63, 223-225 relativamente, del texto árabe y versión francesa publicados por Mr. Dozy y de Goeje, y págs. 50-57 de la edición árabe y castellana de D. José Antonio Conde.

<sup>2</sup> Según D. José Antonio Conde, en su *Historia de la dominación de los árabes en España*, parte I, cap. CIX, este suceso acaeció por los años de 1016; pero como no cita más testimonio que el del Idrisí, y este autor omite toda mención de fechas, dudamos mucho de la indicada por Conde y copiada por Romey en su *Historia de España*, parte II, cap. 19.

<sup>3</sup> La calle de este nombre existía en Lisboa en tiempo del Idrisí, y cerca de la Alhamma ó baños termales, como el mismo refiere.

<sup>4</sup> Es decir, parientes próximos, como citan los traductores franceses.

<sup>5</sup> Esta, como veremos después, es la mencionada en otro lugar por el mismo Idrisí con el nombre de la *Isla de los dos hermanos Zahoríes*.

embarcar en ella, se vieron cercados por canoas de insulares que apresándolos, los llevaron á una población que estaba sobre la orilla del mar y los condujeron á una casa, donde vieron hombres de alta estatura, de tez roja, de cabellos pocos y lacios, y mujeres hermosas á maravilla. En un aposento de aquella casa los tuvieron encerrados por espacio de tres días; y al cuarto se llegó á ellos un hombre que hablaba la lengua árabe, y les preguntó quiénes eran y de dónde y para qué venían. Contáronle todo el caso, y el hombre que se declaró intérprete del rey, les prometió despacharlos bien. Al día siguiente fueron presentados al rey, el cual les dirigió las mismas preguntas que su intérprete y ellos le respondieron de igual manera, manifestando que se habían lanzado al mar para averiguar lo que encerraba de sucesos y maravillas, y llegar hasta sus últimos términos.

Cuando el rey entendió esto se echó á reír, y por medio de su intérprete, manifestó á los aventureros que en otro tiempo su padre había mandado á sus siervos que reconociesen aquel mar, y que ellos habían recorrido su extensión por espacio de un mes, hasta que faltándoles la luz del cielo, se volvieron sin sacar provecho alguno de su expedición. Dicho esto, mandó que los tornasen á su prisión, donde permanecieron, hasta que comenzando á soplar el viento de Occidente, fueron sacados con vendas en los ojos y metidos en un barco, que al cabo de tres días y tres noches de navegación los condujo á las costas occidentales de África, y cerca de un puerto que hoy lleva el nombre de Safí. Allí fueron abandonados durante la noche con las manos fuertemente atadas á las espaldas; y socorridos á la mañana siguiente por unos Bereberes, supieron que aquel lugar distaba de su patria dos meses de camino. Al oír esto, el principal de los aventureros exclamó: *jwa asafí!* que significa *¡ay de mí!*; y de aquí, según afirma repetidamente el Idrisí <sup>1</sup>, aquel lugar y el puerto vecino tomaron el nombre de *Asafí*, que hoy se dice Safí.

Por desgracia, esta expedición, frustrada en su objeto principal, el de investigar lo que contiene el Océano y averiguar sus límites, como dice el Idrisí, no ofrece por menores de gran curiosidad é interés para los navegantes y exploradores, ni se desvió tan considerablemente de las costas de Africa <sup>2</sup>, que pudiese allanar la ruta del Nuevo Mundo, ni su relato presenta caracteres seguros de autenticidad; pues reproduce las preocupaciones de los geógrafos árabes sobre las aguas turbias y fétidas del mar Tenebroso, y contiene una noticia inverosímil acerca de la isla fantástica de los Carneros. Cuya isla, que el Idrisí describe en otro lugar <sup>3</sup> como de vasta extensión y rodeada de espesas tinieblas, es cabalmente una de las mencionadas en la leyenda de

<sup>1</sup> Páginas 55, 73 y 74 del texto arábigo, publicado en Leiden, y 65, 84 y 225 de la versión francesa.

<sup>2</sup> Infírese esto, no solamente del tiempo que emplearon los aventureros en su navegación, sino también del intérprete arábigo que hallaron en la segunda isla. Puede suponerse que la primera isla á que arribaron fué una de las Azores, y la segunda una de las llamadas hoy de Cabo Verde, fronteras á la Senegambia ó acaso una de las de Madera, fronteras al puerto de Safí. Porque según indica el mismo Idrisí, págs. 54, 55 y 63, esta segunda isla estaba situada frente al puerto de Safí y á tan corta distancia, que cuando la atmósfera estaba del todo clara y serena, se podía descubrir desde el continente africano el humo que se levantaba de la isla. Opónese á esto la circunstancia de los tres días y tres noches que tardaron los aventureros en llegar desde la isla á Safí; pero esta tardanza pudo ser ardid de sus conductores para desorientarlos.

<sup>3</sup> Páginas 55 y 63 respectivamente, del texto y traducción citados.



San Brandan, santo irlandés del siglo VI, á quien la Edad Media atribuyó el descubrimiento de remotas y fabulosas regiones <sup>1</sup>. Ni es más razonable lo que el mismo Idrisi cuenta en otro lugar <sup>2</sup> de la segunda isla á que arribaron los aventureros y desde donde fueron conducidos á las playas de Safí. Dice así: «Otra isla de este mar se llama *la Isla de los dos hermanos Zahories. (Gezirat-alajwain assahirin)*. Cuéntase, que estos dos hermanos, de los cuales uno se llamaba Xirham y el otro Xirám, salteaban todos los barcos que acertaban á pasar cerca de la isla, matando á sus navegantes y apoderándose de sus bienes; por lo cual Dios los castigó, transformándolos en dos rocas que se levantan sobre la orilla del mar.» Luego cuenta, que cierto almirante almoravide, atraído por aquella conseja, quiso visitar aquella isla; mas la muerte le sorprendió antes de ejecutar su proyecto. Y por último, refiere, que los susodichos aventureros comunicaron acerca de aquella isla una historia peregrina, que insertaría más oportunamente al tratar de Lisboa. Esta historia, suceso ó cuento, es el que ya conocen nuestros lectores, y que por cierto interesa poco á nuestro propósito, como no sea para demostrar cuán inciertas fueron las noticias que alcanzaron los árabes acerca de las islas del Océano Atlántico, que tanto se relacionan con el gran descubrimiento de Colón. Mas acerca de este punto añadiremos todavía algunos datos y observaciones en el artículo siguiente.

F. J. SIMONET

<sup>1</sup> Véase á Mr. Reinaud en su Introducción, pág. CXVI, y en su versión de Abulfedá, tomo I, pág. 264, nota.

<sup>2</sup> Páginas 54 y 55 del texto y 63 de la versión.

